

Conoce tu fe: Una obra en conjunto (2 de 2)

Dr. Justo L. González



San Germán, Puerto Rico
26 de abril de 2018

Conoce tu fe: Una obra en conjunto

2 de 2

Saludos. Se me ha invitado para que presente y diga algo acerca del libro *Conoce tu fe*. En cierto modo, eso se me hace difícil, pues desde niño se me enseñó que si uno hablaba mucho de lo que había hecho y quién uno era se decía que "no tiene abuela". Se supone que sean las abuelas y los abuelos quienes hablen de nosotros, y no nosotros mismos. Por eso se me hace difícil hablar de cualquier libro que yo mismo haya publicado.

En este caso, sin embargo, hay un factor mitigante: Aunque mi nombre aparece en la portada del libro, en realidad no es todo obra mía, sino que es obra de todo un conjunto de personas e instituciones que le han dado forma. Esto se ve en el hecho mismo de que en la primerísima página del libro aparece una lista de iglesias e instituciones que han colaborado en su contenido y producción.

Desde sus mismos inicios, este libro fue un ejercicio de teología en conjunto. Surgió como un proyecto conjunto de la Universidad Interamericana de Puerto Rico y de la Asociación para la

Educación Teológica Hispana (AETH). Y el primer paso de este proyecto conjunto fue precisamente asegurarnos de que fueran muchas otras las personas que participaran en su formación.

En agosto del 2016 la Universidad Interamericana convocó a una reunión de líderes denominacionales e institucionales donde se presentó el proyecto, se discutió y definió, y quienes así lo desearon se comprometieron a comentar sobre lo que se iba escribiendo.

A partir de entonces, cada vez que yo iba terminando un capítulo se lo enviaba a las personas designadas por cada denominación o institución representada, invitándoles a comentar, corregir, o añadir cosas nuevas que pudieran habérseme quedado en el tintero. Por eso digo que en realidad el libro no es mío, sino que es verdaderamente un proyecto de teología en conjunto donde cada cual ha hecho su contribución y a la postre han refrendado el resultado.

A esto debo añadir que hay otras denominaciones e instituciones cuyo nombre no aparece en la lista sencillamente porque no firmaron el aval al tiempo necesario para mandar el libro a

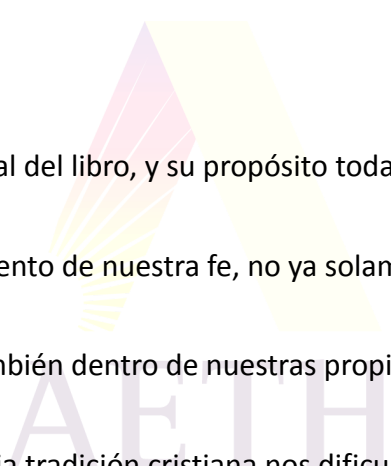
imprensa. Varias de ellas lo están empleando, y esperamos que en alguna edición próxima puedan añadir su nombre si así lo desean.

El plan inicial era presentar el libro durante la celebración del quinto centenario de la Reforma protestante en una gran reunión que tendría lugar en la Universidad Interamericana el año pasado. Pero entonces intervino María — ¡no María la madre de Jesús, sino Maria la madre de los huracanes! El hecho de que hoy nos reunimos aquí a pesar de los estropicios del huracán, de los desórdenes sociales y políticos que el huracán mismo descubrió, y del abandono de que Puerto Rico ha sido objeto por parte de quienes debieron haber acudido en su auxilio es índice del carácter indómito, de la creatividad y de la tenaz persistencia del pueblo borincano. Por eso, antes de continuar permítaseme expresar por una parte mi dolor por lo que aquí ha sucedido y por otra mi orgullo por lo que aquí se está haciendo. Si se me permitiera, quisiera quitar a voz en cuello no solo "¡Viva Borinquen!", sino también, y más fuerte todavía, "Borinquen vive"!

El hecho mismo de que este libro fue escrito en tiempos más felices y con perspectivas más positivas, y hoy lo presentamos y leemos en circunstancias más difíciles y angustiosas es señal

de que el mismo evangelio que anunciábamos en aquellos tiempos anteriores a María es también el evangelio que hoy, en tiempos de recuperación, es fuente de esperanza. Podemos decirlo también de otra manera: Cuando la esperanza parece ser cosa natural, cuando el futuro parece prometer mejores cosas, cuando el presente es cómodo y tranquilo, es fácil tener esperanza. Pero cuando las circunstancias en torno nuestro nos llaman a la desesperanza, cuando el presente se vuelve difícil y el futuro inseguro, la esperanza viene a radicar, no ya en las circunstancias externas ni en las promesas de los políticos o de los economistas, sino en la fe. Cuando Pablo nos presenta la famosa trilogía de la fe, la esperanza y el amor está hablando no solamente de la primacía del amor, sin el cual tanto la fe como la esperanza son vanas, sino también del modo en que, bajo el techo del amor, la fe y la esperanza viven juntas. Sin esperanza, podemos creer todas las doctrinas, podemos aprendernos la Biblia de memoria, pero no hay fe. Y sin fe, podemos soñar con tiempos luminosos de riquezas abundantes, podemos decir y repetir que el mañana será mejor, pero no hay verdadera esperanza. La fe sin esperanza no es fe cristiana. La esperanza sin fe no es esperanza cristiana. Y tanto la verdadera fe como la verdadera esperanza existe solo bajo el techo del amor.

Volvamos entonces a este libro que hoy presentamos y que, repito, no es obra mía, sino que es obra de las mismas iglesias e instituciones que tras los desastres del año pasado han sabido demostrar que todo esto de que ya desde entonces hablábamos no es pura teoría, ni es pura religiosidad escapista, sino que es fuerza propulsora del amor solidario, de la esperanza cuando los horizontes se cierran y de la protesta y resistencia cuando la injusticia, la mentira, el egoísmo y la desidia parecen reinar.



En una palabra, el propósito inicial del libro, y su propósito todavía hoy, es responder al reto que nos presenta el desconocimiento de nuestra fe, no ya solamente por el pueblo en general y por personas incrédulas, sino también dentro de nuestras propias comunidades de fe. Ese desconocimiento de la más amplia tradición cristiana nos dificulta distinguir entre los verdaderos y los falsos profetas, entre la recta doctrina y la invención de ayer por la mañana.

Una de las grandes tragedias de nuestros tiempos es que, en medio de situaciones de esperanzas perdidas, de perplejidades no resueltas y de injusticia rampante, surgen por todas partes falsos evangelios que promueven falsas esperanzas, respuestas sencillas que nada resuelven, y una religiosidad que es proyecto de escape de las realidades del mundo en que

vivimos. Por todas partes aparecen autodenominados apóstoles para quienes el apostolado es cuestión de poder, autoridad y prestigio, y no como en la Biblia, cuestión de sacrificio, privaciones y hasta muerte. Y hay también predicadores de un supuesto evangelio de la prosperidad en el que son ellos quienes prosperan, mientras el pueblo continúa sufriendo en medio de falsas esperanzas. Y la trágica verdad es que ante tales cosas la mayoría de los miembros de nuestras iglesias no saben qué decir ni cómo discernir entre lo que es el evangelio de Jesucristo y lo que viene a ser en fin de cuentas un anticristo disfrazado de redentor.

En este siglo XXI resulta urgente prestarle atención especial a la formación bíblica, teológica y espiritual del pueblo creyente. No es este el primer momento en la historia de la iglesia en que tal cosa ha sido particularmente necesaria y urgente. Hay al menos dos tiempos anteriores que cabe mencionar y acerca de los cuales debemos reflexionar en busca de caminos que seguir en los retos del presente.

El primero de esos dos tiempos tuvo lugar bien temprano en la historia de la iglesia cristiana.

Cuando leemos el libro de Hechos, vemos que las conversiones se contaban en millares, y que

tan pronto como alguien afirmaba creer en Jesucristo se le bautizaba. Esto era posible porque tales personas eran en su mayoría judías, es decir, personas que por largo tiempo habían sabido de la existencia de un solo Dios creador de todo cuanto existe, de un Dios que requiere justicia y rectitud por parte de su pueblo, de un Dios que promete el shalom de un reino futuro de justicia, paz y amor. Quienes no eran judíos, eran lo que entonces se llamaba "temerosos de Dios". Estos eran personas de origen gentil quienes, sin unirse al pueblo de Israel como prosélitos, sin embargo creían en el Dios de Israel, seguían sus mandamientos morales y hasta acudían a la sinagoga para escuchar la Palabra de Dios. Tal era el caso, por ejemplo, de Cornelio y del eunuco etíope. Cuando aquellos judíos y aquellos temerosos de Dios llegaban al convencimiento de que Jesucristo era el Ungido prometido por Dios, podían ser bautizados y añadidos a la iglesia sin más reparos.

Pero cuando comenzaron a acudir a la iglesia personas de origen gentil sin trasfondo judío alguno la situación no era tan fácil. Los dioses paganos eran muchos, y no eran compatibles con la afirmación de que no hay sino un solo Dios creador de todo cuanto existe y Padre de Jesucristo y de los creyentes. Y no solo eran muchos esos dioses, sino que también ellos mismos

practicaban y por tanto consentían en toda clase de inmoralidad y de injusticia que el Dios celoso de Israel condenaba. Tales personas no podían ser bautizadas así, sin más, puesto que se corría el riesgo de que sencillamente añadieran el Dios los cristianos a su antiguo panteón, y además de que su decisión de creer en Jesucristo no afectara el modo en que entendían y vivían la vida.

La respuesta de la iglesia a tal situación fue crear todo un sistema de preparación para el bautismo que se conoce como el catecumenado. Este era un proceso de instrucción que normalmente tomaba al menos dos años durante los cuales la persona no solamente aprendía más acerca de la Biblia y de la fe cristiana, sino que también hacía los ajustes necesarios en su vida en preparación para el bautismo.

El catecumenado comenzó a desaparecer cuando, tras la conversión de Constantino, las gentes acudían a la iglesia en masa, y no había suficientes maestros y maestras para instruir a todas esas personas, y mucho menos para ayudarlas en la práctica de la vida cristiana. Poco a poco, se empezó a confiar en la sociedad en general como medio de dar a conocer la fe cristiana a los

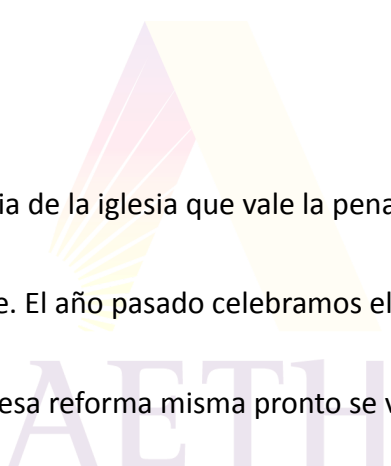
nuevos conversos y las nuevas generaciones. Unos 300 años después de Constantino el catecumenado prácticamente había desaparecido y, además de haberse abreviado a unos pocos días, solamente se requería de los anteriormente paganos y de los judíos que pidieran el bautismo.

Esta historia es de importancia para la fe en América Latina, pues al llegar los primeros misioneros evangélicos encontraron toda una población que, gracias a los primeros misioneros católicos y a una larga presencia del catolicismo, ya conocía los elementos esenciales de la fe. Todos sabían que había un solo Dios, aunque muchos todavía practicaran la idolatría. Todos sabían que había una Biblia, aunque pocos la leyeran. Todos sabían que Jesucristo es el redentor del mundo. Todos sabían que la fe cristiana requiere ciertos principios de conducta moral. Por esa razón, durante los primeros años después de la llegada de la fe evangélica a nuestros países prácticamente se bautizaba a cualquier persona que decidiera aceptar a Jesucristo y pidiera el bautismo.

Hoy las cosas van cambiando. Cada día son más las personas en nuestra sociedad que saben

prácticamente nada de la fe cristiana. Y buena parte de lo que saben es una caricatura torcida por los medios de comunicación en masa, por los intereses políticos y económicos, y por mil otras cosas.

Luego, ya hoy no podemos dar por sentado que quien viene a la iglesia y decide aceptar la fe cristiana sabe lo que implican fe y esa iglesia.



El segundo momento en la historia de la iglesia que vale la pena recalcar en este contexto es el tiempo de la Reforma protestante. El año pasado celebramos el quinto centenario de esa reforma. Lo que se olvida es que esa reforma misma pronto se vio en necesidad de producir materiales que ayudaran a los creyentes a entender la fe cristiana en tiempos en que parecía que prácticamente todo estaba bajo discusión. Resulta interesante notar que hasta tiempos de la Reforma todos los concilios generales de la iglesia habían sido convocados para enfrentarse a algún problema concreto. Pero en tiempos de la Reforma ya no bastaba con eso, y por esa razón la Iglesia Católicorromana al convocar el Concilio de Trento se vio en la necesidad de discutir prácticamente todos los acápites principales de la fe cristiana, pues todo estaba en

juego. El reto para la Iglesia Católica no era ya sencillamente uno u otro error, o algún problema práctico o político, ni siquiera la necesidad de reformar la iglesia — necesidad que había llevado a la convocación de los últimos concilios antes de la Reforma. Puesto que el reto era grande y general ahora era necesario que aquel concilio tratara de determinar lo que aquella iglesia creía sobre cada punto de doctrina, reafirmando las posturas tradicionales que habían surgido no solamente de la más antigua práctica cristiana, sino también de los siglos del Medioevo.

La situación era diferente para los protestantes. Para ellos también era necesario visitar todos los puntos de doctrina. Pero no bastaba con visitar, sino que había que revisar. Era necesario deshacerse de buena parte de lo que se le había añadido a la fe cristiana a través de aquellos siglos de la Edad Media, y al mismo tiempo reafirmar y fundamentar sobre bases sólidas tanto la fe de toda la iglesia como la fe de cada tradición particular. Así, por ejemplo, Lutero escribió dos catecismos. El *Catecismo Menor*, publicado en el 1529, tenía el propósito de que se empleara para enseñarles los elementos de la fe cristiana desde una perspectiva luterana a los niños y otras personas necesitadas de instrucción. El *Catecismo Mayor* debía servir de instrumento para que los padres y los maestros les explicaran a los niños y a otras personas lo

que el *Catecismo Menor* decía. En el 1560 Calvino publicó el *Catecismo de Ginebra*. Este, junto con el *Catecismo de Heidelberg*, publicado tres años más tarde, sirvió para darle forma a la tradición reformada. Poco antes del catecismo ginebrino, en el 1554, Pedro Canisio publicó un catecismo católico bajo el título de *Suma de doctrina cristiana*. Naturalmente, lo que hizo posible todo esto fue la imprenta de tipos móviles, inventada poco antes. Pero lo que lo hizo necesario fueron las nuevas condiciones religiosas producto de la Reforma.

La razón por la que se produjeron esos catecismos era sencillamente la necesidad de ayudar a quienes seguían cada una de las diversas tradiciones surgidas de la Reforma a entender su propia tradición así como los elementos principales de la fe cristiana. Quien estudiaba, por ejemplo, el *Catecismo de Heidelberg* no solamente trataba acerca de los puntos esenciales de la fe cristiana, sino también acerca de los énfasis particulares de la tradición reformada. Y las dos cosas estaban tan interpenetradas que era imposible distinguir entre una cosa y la otra.

Aquellos catecismos de tiempos de la Reforma vinieron a ser el modelo para los materiales que hasta el día de hoy usamos en la mayoría de nuestras denominaciones. Son materiales buenos y

útiles, que enseñan muchas cosas necesarias. Pero muchos de ellos subrayan los puntos esenciales de sus propias doctrinas, y sus diferencias con los demás cristianos tanto como los puntos en común que sostienen con ellos.

En todo esto hay cierto paralelismo con los retos de hoy, pero al mismo tiempo algunos elementos en los que tenemos que buscar nuevos modos de proceder. Si quienes escribieron catecismos en tiempos de la Reforma vivieron en tiempos de fuertes polémicas entre cristianos, y por lo tanto se veían en necesidad de defender las posturas de cada cual y hacerlas aparecer todas como elementos esenciales de la fe, buena parte de eso ha cambiado hoy. Hoy los retos a la iglesia son tantos, tan poderosos y tan variados que no nos podemos dar el lujo de confundir las diferencias entre cristianos y cristianas con lo que nos separa y distingue de las varias formas de paganismo que nos rodean y que hasta permean la vida de la iglesia. Hoy se han creado caricaturas acerca de la relación entre la fe y la ciencia que dañan tanto la fe como la ciencia. Hoy hay una forma de ateísmo que no rechaza la creencia en Dios sencillamente porque no tenga pruebas de esa existencia, sino también porque prefiere vivir en un mundo sin Dios y sin valores y principios a los que ajustarse. Lo que muchas veces llamamos secularismo no lo es,

sino que es más bien una nueva forma de idolatría y de paganismo cuyos dioses son el dinero, la fama y el poder. Los santos que se veneran hoy son el multimillonario que se hace rico explotando a los pobres, el actor o la actriz que se hacen famosos por la comunicación en masa, el deportista que firma un contrato por cien millones de dólares, el político que llega al poder haciéndose pasar por creyente y defensor de los principios cristianos.

Por todo eso, no basta con los materiales que hasta hace poco hemos empleado en los que de tal manera subrayamos la importancia de los distintivos de cada denominación o tradición que parecían confundirse con los puntos esenciales de la fe cristiana que la iglesia ha sostenido a través de las edades. Necesitamos ahora materiales que se asemejen a los de aquellos catecismos de tiempos de la Reforma por cuanto estén destinados a fortalecernos y profundizar en la fe, y que al mismo se diferencien de aquellos antiguos catecismos por cuanto subrayen sobre todo la fe que sostenemos en común, la esperanza que nos llama y nos sostiene, y el amor que nos hace uno.

Eso fue lo que se propuso aquel grupo de líderes denominacionales e institucionales que hace

un par de años se reunió en el recinto metropolitano de la Universidad Interamericana para darle inicio a un proyecto cuyo primer resultado es el libro que hoy presentamos. Lo que aquel grupo se proponía era producir un libro que nuestras diversas iglesias pudieran emplear en la instrucción de sus fieles, para asegurarse de que todos tuvieran un claro entendimiento de los elementos esenciales la fe cristiana, y que al mismo tiempo entendieran también los valores y aportes de sus propias tradiciones así como de otras tradiciones con quienes compartimos la misma fe.

En cierto modo el punto de partida y el propósito del libro mismo se anuncian en sus primeras páginas, donde se cita a nuestro hermano Anselmo de Cántorbury, quien hace casi 10 siglos inició uno de sus más importantes libros con una oración que ha de ser también la nuestra: “No pretendo, Señor, alcanzar tu sublime altitud, pues mi mente no es nada cuando la comparo con ella. Pero sí quiero en alguna medida entender tu verdad, esa verdad que mi corazón cree y ama”.

Es sobre eso que trata el libro, sobre esa verdad que nuestro corazón cree y ama. En la misma

oración que acabo de citar, Anselmo también dice que no pretende entender para creer, sino más bien creer para entender. El propósito de este libro no es ofrecer pruebas de la verdad cristiana, esa verdad que nuestro corazón cree y ama. No es cuestión de elevarnos mediante elucubraciones y malabarismos mentales hasta las alturas mismas de Dios, sino que es más bien cuestión de que en cierto grado, en la medida de nuestras capacidades humanas, nuestro Dios nos enseñe y nos ayude a mirar al mundo que nos rodea, a mirar a la iglesia, a mirarnos a nosotros mismos y nosotras mismas, a entender la política, la economía y las noticias, todo a la luz de esta fe que cree y ama el corazón nuestro.

Pero antes de continuar, permítaseme aclarar un punto importante. Anselmo debe ser admirado no solo por labor teológica, sino también por su negativa a someterse a los poderes políticos de su tiempo. Cuando mencionamos el nombre de Anselmo, inmediatamente nos viene a la mente el famoso argumento ontológico para probar la existencia de Dios, que aparece precisamente en el libro que acabo de citar y que todavía los filósofos analizan y discuten. Y pensamos entonces que la grandeza de Anselmo estuvo sencillamente en su capacidad de pensar acerca de la fe. Pero hay toda otra dimensión de la fe y vida de Anselmo

que frecuentemente se nos olvida. Para Anselmo la teología no era cuestión de pensamientos abstractos, sino que era también y sobre todo acción de fe. Por eso, frente a reyes que se creían dueños soberanos de Inglaterra y de la iglesia en el país, Anselmo ofreció una resistencia tal que por dos veces le llevó al exilio. Pero paulatinamente fue logrando tal apoyo que a la postre los reyes tuvieron que ceder. Y lo que es más, la lucha de Anselmo no era solamente por los derechos de la iglesia, sino también por los derechos humanos, como se ve en el hecho de que logró que la iglesia toda del país se opusiera a la esclavitud como inhumana y contraria a los desinios divinos – ¡y eso, hace mil años!

Todo esto quiere decir que, a diferencia de la teología apologética, lo que buscamos en este libro no es entender para creer, ni siquiera entender para convencer a otras personas a creer, como si la fe fuera cuestión de ideas abstractas. Lo que buscamos es creer para entender, de tal modo que la fe se vuelva lente a través del cual veamos el mundo y la sociedad que nos rodean, y esa visión nos lleve no solo a declaraciones doctrinales, sino también a acciones concretas en ese mundo y esa sociedad.

El bosquejo del libro es sencillo, y no creo que sea necesario explicarlo aquí. Basta con dar los títulos de los capítulos: “Entender la fe”, “La revelación”, “El Dios trino y creador”, “El ser humano”, “La nueva creación en Jesucristo”, “La santificación y el Espíritu Santo”, “La iglesia: comunidad del Espíritu Santo”, “El culto de la iglesia”, “La esperanza cristiana”, “El bautismo y la comunión”, “La esperanza cristiana” y “La vida cristiana”.

Pero esos títulos dicen poco acerca del contenido mismo del libro. Ciertamente, muestran que se sigue un orden bastante tradicional en la disciplina teológica. Es casi el mismo orden que en tiempos del propio Anselmo siguió Pedro Lombardo en sus famosos cuatro libros de *Sentencias*. Quizá la diferencia más notable sea que, mientras, en el orden más tradicional la ética cristiana aparece después de los acápites sobre la iglesia, en este nuevo libro aparece después de la escatología, en vista de que la ética tiene fundamentos escatológicos que no debemos olvidar. Luego, en ese sentido el libro que hoy presentamos no se distingue de muchos otros.

Lo que el libro sí trata de hacer es mostrar que las doctrinas esenciales de la fe, frecuentemente discutidas en términos abstractos, como si fueran sencillamente proposiciones que sostener,

tienen importancia para la vida cristiana. Así, por ejemplo, al discutir la doctrina de la Trinidad, en lugar de dedicarnos detenidamente a definir lo que quiere decir términos tales como “persona” y “substancia”, lo que nos preguntamos es lo que la doctrina de la Trinidad significa para nuestra vida hoy. La Trinidad no es un rompecabezas que Dios nos haya dado para resolver. La Trinidad no es una fórmula vacía que afirmamos porque otros antes de nosotros la han afirmado. La Trinidad es un ejemplo de lo que significa la verdadera vida. Cuando Juan dice que “Dios es amor”, esto no quiere decir únicamente que Dios nos ama, sino que el nuestro es un Dios trino en cuya misma esencia está el amor. Si el principio esencial de la vida es el amor dentro del Dios trino, esto quiere decir que el principio esencial de la vida cristiana es vida en comunidad de amor, la vida en que todo se comparte de tal manera que nos volvemos un solo cuerpo, el cuerpo de Cristo. Lo que se requiere hoy de nosotros y nosotras no es que entendamos todos los misterios de la Trinidad, mucho menos las sutilezas con las que los teólogos han tratado de resolverlos, sino que seamos imitadores de la Trinidad.

O tomemos la afirmación tan repetida en los diversos credos, que la iglesia es “santa”. Pocas cosas han dividido tanto a los creyentes como este tema de la santidad de la iglesia. Este no es

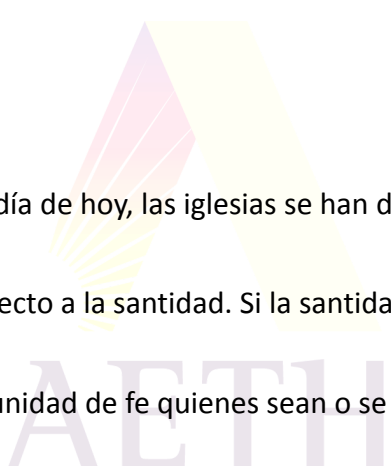
un problema nuevo, pues ya en el siglo tercero hubo cismas tanto en Roma como en Cartago y en Antioquía porque unos se consideraba más santos que otros y creían que para preservar la santidad de la iglesia tenían que apartarse de los menos santos. Pero ha sido particularmente en tiempos más recientes, sobre todo a partir del siglo XVIII, que el tema de la santidad de la iglesia se ha malinterpretado de tal manera que ha resultado en la fragmentación del cuerpo de Cristo. (Y nótese lo que estoy diciendo: las divisiones dentro de la iglesia son una fragmentación del cuerpo de Cristo. Frecuentemente decimos que Cristo sufrió en la cruz por nuestros pecados, y eso es cierto. Pero se nos olvida que Cristo sufre también en su propio cuerpo cuando ese cuerpo se fragmenta de tal manera que la mano va por un camino y el pie por otro, y el ojo busca el mejor modo de insultar al oído.)

AETH

Uno de los elementos que más contribuye a la fragmentación presente del cuerpo de Cristo es precisamente este hecho de que hemos entendido mal la santidad de la iglesia. La iglesia no es santa porque sus miembros sean puros. La iglesia no es más santa cuando sus miembros son más virtuosos. La iglesia es santa en virtud de su unión a su sagrada Cabeza, Jesucristo el Santo. Somos santos, no porque seamos puros o buenos o virtuosos, sino porque estamos unidos al

Santo, Santísimo, Señor Jesucristo.

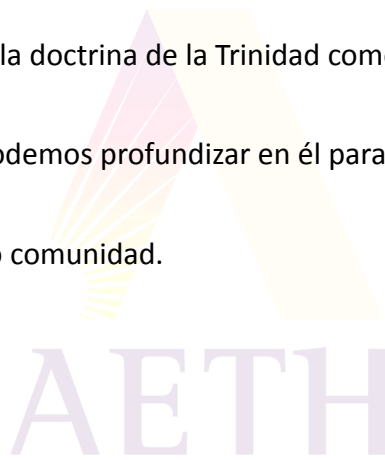
Naturalmente, esa santidad que tenemos en virtud de nuestra unión con el Señor nos llama a una vida de pureza y virtud. Pero lo que nos hace santos no es ser puros. Al contrario, el ser santos es lo que nos llama a la pureza. En una palabra, no somos santos porque seamos puros, sino que somos llamados a ser puros porque somos santos.



A través de la historia, y hasta el día de hoy, las iglesias se han dividido y siguen dividiéndose debido a este malentendido respecto a la santidad. Si la santidad se confunde con la virtud, siempre habrá en cualquier comunidad de fe quienes sean o se imaginen ser más virtuosos que los demás y quince entonces se apartarán de esa comunidad para crear una iglesia verdaderamente pura y por tanto santa. Y la tragedia se vuelve peor porque al poco tiempo dentro de esa iglesia supuestamente más santa aparecerá otro grupo que se considerará mejor que los demás y se apartará de aquella iglesia santa para crear otra supuestamente santísima. Y así continúa el proceso de fragmentación en que el cuerpo del Crucificado sigue siendo lacerado y herido.

Si, por el contrario, entendemos que la santidad de la iglesia se debe a su unión con Jesucristo, entendemos por qué Pablo puede llamar a los cristianos en Corinto “santos”, y luego referirse a todos los errores y hasta horrores que hay entre ellos. Si entendemos que la santidad de la iglesia se debe a su unión con Jesucristo, entenderemos que cualquier miembro de esa iglesia que esté unido a la Santa Cabeza es santo.

Luego, tanto al hablar acerca de la doctrina de la Trinidad como de la santidad de la iglesia o de cualquier otro tema teológico, podemos profundizar en él para ver lo que significa para nuestra vida hoy como individuos y como comunidad.



Eso es parte de lo que este libro se propone, ayudándonos, como diría Anselmo en alguna medida a entender la verdad de Dios, esa verdad que nuestro corazón cree y ama, para así entender mejor este mundo y esa sociedad que nos rodean y a los que Dios también ama.

En resumen, siguiendo aquella propuesta inicial de hacer dos años y el acuerdo a que se llegó con los líderes denominacionales e institucionales participantes del proyecto, se ha buscado

producir un libro que se enfoque en lo que tenemos en común más bien que en las diferencias que nos distinguen. Por eso se trata principalmente de aquellos elementos esenciales de la fe que nuestras diversas denominaciones y tradiciones afirman a una vez, y al mismo tiempo del modo en que se relacionan con la vida concreta y cotidiana.

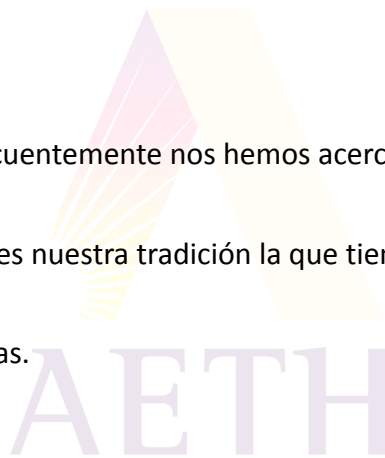
Por otra parte, esto no quiere decir que debamos olvidar las diferencias entre creyentes.

Gracias a la participación de personas de tan diversas denominaciones todos quienes hemos participado del proyecto estamos bien conscientes de las diferencias que hay entre nosotros y nosotras. Lo que sí quiere decir es que al presentar esas diferencias estábamos buscando, no declarar quién tiene razón y quién no, sino más bien subrayar la contribución de cada práctica y cada postura a la totalidad del cuerpo de Cristo. Lo que nos une es mucho más que lo que nos separa, y si partimos de nuestra unidad veremos que buena parte de lo que nos separa contribuye a una visión más amplia de lo que son nuestra fe y nuestra responsabilidad en el mundo de hoy.

Los ejemplos podrían ser muchos. En nuestras iglesias hay diversas clases de gobierno. Hay

gobierno congregacional, y hay gobierno episcopal, y hay gobierno presbiteriano. Hay varias maneras de participar de la comunión. Unos usan pan y otros obleas. Unos usan pan y otros obleas. Unos vino, y otros jugo de uvas. Unos toman la comunión en los escaños y otros van al frente. Uno se arrodillan y otros permanecen de pie o sentados. Y en cuanto al bautismo, no solamente hay diversas formas de administrarlo, sino que hay también quienes bautizan párvulos y quienes bautizan solamente a los adultos.

Tristemente, el modo en que frecuentemente nos hemos acercado a esas diferencias ha sido con el propósito de mostrar que es nuestra tradición la que tiene razón y que por tanto las otras posturas u opciones no son válidas.



El resultado de todo esto es una situación en la que los creyentes no saben distinguir entre lo que son elementos esenciales de la fe cristiana y lo que son énfasis o contribuciones particulares de sus propias tradiciones eclesíásticas.

Y las consecuencias son trágicas: En situaciones en las que por falta de visión y de dirección el

pueblo perece, en lugar de tratar de presentar un testimonio común y de trabajar en conjunto para el bien de la sociedad, y de la creación toda, nos dedicamos a mostrar que nuestra forma de gobierno es mejor que las demás, o que para ser válida la comunión tiene que celebrarse de un modo particular, o que la última palabra en la salvación la tiene la predestinación, o que la predestinación no cuenta para nada, pues solamente importa el libre albedrío.

Pero hay otro camino. Tomemos por ejemplo el tema del bautismo. Quienes bautizan solamente a los adultos dan testimonio del hecho innegable de que la fe cristiana requiere una decisión personal. Quienes bautizan a párvulos incapaces de tomar decisiones por sí mismos dan testimonio de que nuestra salvación la gracia de Dios antecede a cualquier cosa que podamos hacer o creer. O tomemos el tema de la predestinación y el libre albedrío. Hace ya quince siglos Próspero de Aquitania, discutiendo ese tema, declaraba que es absolutamente necesario afirmar el libre albedrío, porque sin él no hay responsabilidad humana. Pero declaraba también que es igualmente necesario afirmar la predestinación porque sin ella parece que la salvación es producto de nuestras propias decisiones y no de la gracia de Dios. Muy sabiamente, Próspero no tomó partido entre ambas cosas, sino que sencillamente declaró

que era necesario afirmar ambas, aunque no sepamos cómo coordinarlas.

Hay una antigua fábula en la que dos liebres van huyendo de unos perros, y una de ellas le dice a la otra que tiene que huir de los galgos, a lo que la otra responde que no son galgos, sino podencos. Y entonces, en lo que discuten si son galgos o podencos, llegan los perros y matan a las dos liebres. Con demasiada frecuencia a través de la historia la iglesia se ha envuelto en discusiones semejantes acerca de si son galgos o son podencos, mientras el pueblo carecía de lo más necesario tanto en lo físico como en lo espiritual.

Consideremos este otro camino. Si el desconocimiento de la más amplia tradición cristiana nos empobrece por cuanto no nos permite beber de las aguas de otras tradiciones y ver lo que cada cual tiene que contribuir, su conocimiento nos ayuda a enriquecer nuestra propia fe y práctica. Quienes están dispuestos a bautizar niños pequeños tiene que escuchar de quienes solamente bautizan a los adultos que la fe cristiana es cuestión de decisión personal. Y quienes solamente bautizan a los adultos tienen que escuchar de los otros que en la vida cristiana lo primero es la gracia de Dios, y no lo que nosotros podamos hacer o decidir. Quienes afirman la

predestinación tienen que escuchar de los otros que sin libre albedrío no hay responsabilidad ni verdadera obediencia. Y esos otros tienen que aprender de quienes afirman la predestinación que el que tengamos fe no es obra nuestra.

Este otro camino es difícil. Pero es el “camino más excelente” a que se refiere Pablo al final del capítulo 12 de Primera de Corintios al anunciar que nos va a mostrar “un camino más excelente”, pasa entonces al capítulo 13, el gran himno al amor. Este camino de amor es más difícil, pero es el camino al que nos llama el Señor.

Pero todas esas razones no agotan lo que nos motivó a aquel grupo a producir este pequeño libro. El libro de nuestro hermano Anselmo que antes citaba incluye uno de los argumentos para probar la existencia de Dios que más se han discutido a través de toda la historia. Pero el propósito de Anselmo no era mostrar la existencia de Dios. El verdadero propósito de Anselmo estaba en penetrar más en aquello que llamaba “esa verdad que mi corazón cree y ama”. En última instancia, la fuerza motriz de toda buena teología no es probar algo, ni siquiera tratar de responder a los quienes que critican nuestra fe. Todo eso es importante, y es resultado de la

buena teología. Pero la fuerza motriz de la teología allá en lo profundo de su ser está en el deseo de entender esa verdad que nuestro corazón cree y ama. Si el primer y más grande mandamiento es amar a Dios – entre otras cosas – con toda la mente, ese amor se manifiesta en la indagación acerca de la verdad de Dios, esa verdad que nuestro corazón cree y ama. Luego, al poner este libro en manos de la iglesia y echarlo andar por esos mundos de Dios, nuestra esperanza no es solo que pueda sernos útil ante los retos del momento, sino que también nos ayude y nos invite a conocer esa verdad que nuestro corazón cree y ama. ¡Así sea!

